

Envejecimiento: desgaste de identidad y los grupos como método para su fortalecimiento

Aging: identity wethering and groups as a support method

Recibido: 5 de mayo de 2017 - Aceptado: 8 de junio de 2017- Publicado: 19 de octubre de 2017

Forma de citar este artículo en APA:

Ríos Hincapié, C. M. (2017). Envejecimiento: desgaste de identidad y los grupos como método para su fortalecimiento. *Poiésis*, (33), 9-14. DOI: <https://doi.org/10.21501/16920945.2491>

Claudia Marcela Ríos Hincapié*

Resumen

El objetivo del siguiente artículo, es hacer una revisión teórica acerca de las concepciones que se tienen en la sociedad actual sobre el envejecimiento y de cómo el adulto mayor afronta este ciclo vital apoyándose en los grupos comunitarios. Con la llegada de la globalización, la tecnología y demás cambios influyentes en las dinámicas sociales; el adulto mayor empieza a verse aislado y relegado a un papel minoritario e invisible socialmente, lo que lo obliga a buscar nuevas salidas para el fortalecimiento de la identidad desgastada por este rol de inutilidad otorgado socialmente. La comunidad como fuente para la interacción y el reconocimiento de la experiencia es una vía para dar paso a la restructuración de la identidad en el adulto mayor.

Palabras clave:

Adulto Mayor; Comunidad; Cultura; Envejecimiento; Grupo; Identidad; Sujeto.

* Psicóloga Universidad Católica Luis Amigó. Correo electrónico: marcelita2817@hotmail.com

Abstract

The purpose of this article is to review theoretical conceptions in today's society about aging and how the elderly are facing this cycle by relying on community groups.

With the arrival of globalization, technology, and other changes influential on social dynamics; the elderly begin to feel isolated and relegated to a minority and a socially invisible role, which forces them to seek new outlets for the strengthening of their worn out identities by this role of uselessness given by society. The community as the source for interaction and recognition of their experience is a way to restructure the elderly identity

Keywords:

Aging; Group; Identity; Community; Culture; Subject; Elderly.

El imaginario del envejecimiento y la adultez mayor carga ciertas connotaciones que han sido introyectadas a nivel social y cultural; la debilidad, la incapacidad, la enfermedad, la limitación, la inutilidad y el aislamiento serían algunas de ellas. Estas concepciones vienen siendo arrastradas desde tiempo atrás, por ejemplo, en la Grecia antigua ya Aristóteles decía que la vejez era un signo de debilidad y desesperanza (Jabif, 2011). Puede decirse que la adopción de estas posturas parte de un enfoque biológico, el cual de forma simplista, desestima en cierta medida la globalidad que abarca el sujeto.

Para muchos, los términos “viejo”, adulto mayor, anciano, van en la misma línea de lo insertivo, como si el llegar a esta etapa de la vida correspondiera a dejar de existir. Lo más común en la sociedad actual, es el intento exacerbado por evitar llegar a este ciclo: cirugías plásticas, cremas anti envejecimiento, pastillas con contenido hormonal, etc., todo para evitar el descenso de nuestro cuerpo, ese que lleva lo visible de la permanencia de nosotros como sujetos en un contexto social. Podría decirse que el miedo más relevante y fundado con mayor ahínco es este, la supresión en la vejez de nosotros como individuos en el espacio familiar, social y comunitario.

Es pertinente mencionar en primera instancia a la familia como parte fundamental de la sociedad. Los lazos afectivos construidos en este grupo, son los más importantes para un envejecimiento digno y no excluyente. La familia funciona como principal red de apoyo de cualquier persona, y del adulto mayor con especial énfasis. Pero es en este espacio donde primeramente se ve aislada esta población, situación que lo empieza a poner en riesgo como sujetos. Lo que ocurre es que el cuidado del adulto mayor en esta instancia, se limita a los aspectos físicos y es evidente que cuando va al médico o alguna persona cercana le interroga sobre su estado, describe sólo síntomas somáticos y es reacio a hablar de sus sentimientos de desesperanza y tristeza porque considera que no son importantes. Así, los factores que desencadenan este sentir, se conjugan con la estructura psíquica de la persona que envejece, junto a los factores constitucionales, orgánicos y sociales (Ferman, 2004).

Estos sentires tienen una repercusión social y como dice Camiro (2011), ocurre una retroalimentación de estos, y es que aparece ese desinterés por los llamados “viejos” y como no se les quiere no se les mira, como no se les mira, no se les estudia, se les excluye de lo social, se dejan afuera y se colocan al margen de la familia y de la comunidad. Ocurre entonces que la vida, el sentir, el hacer del adulto mayor queda supeditado al otro, o en otras palabras, ya no se le permite ser. Entonces, la aceptación de la llegada a la tercera edad, va mediada por la familia, la sociedad y el miedo a perder ese rol en lo social.

Es bien sabido que en nuestra cultura, el adulto mayor sobre todo en los estratos socioeconómicos bajos, queda relegado a un espacio sin voz, dependiente de los demás y a merced de lo que quieran hacer con él. En este proceso, la identidad individual va teniendo un cambio gradual, que se ratifica con la pérdida del espacio laboral y el cercamiento de lazos sociales que ocasionan que el rol desempeñado hasta el momento se pierda y el sentido de pertenencia a un grupo o espacio se vea diluido y lo que hasta el momento se consideraba identitario empieza a disolverse (Salvarezza, 2002); en cuanto a esto, Bleichmar apunta (citado en Ferman 2006), que el Yo se encuentra articulado a

una red que determina su existencia y cuando ésta se rompe, toda la estructura psíquica del sujeto queda en situación de naufragio; por esto el aislamiento y ensimismamiento son tan comunes en esta etapa de la vida. Así, cuando el adulto mayor ve diluido su rol dentro de la sociedad, se queda sin herramientas individuales para hacer frente a esta situación y su identidad se ve en riesgo cuando son expulsados de los sectores dominantes de la sociedad. En la misma línea, Moraga manifiesta que “la identidad sirve para organizar la interpretación de las experiencias asignándoles un significado subjetivo que puede ser modificado por la propia experiencia” (citado en Farías, 2001, p. 190).

Podría decirse que en esta medida, los roles sociales destinados a las personas se desdibujan, es decir, los individuos son útiles a la sociedad en tanto producen, a partir de ahí, cuando su nivel de productividad deja de ser eficaz y evidente, se vuelve sinónimo de no ser, lo que deja al adulto mayor en una posición casi de inexistencia. Con estas dinámicas sociales, es común ver que el anciano se acostumbra a recibir accionares, a esperar de los otros; situación que lo perpetúa en una posición de marginalidad social. Esto se debe al enfoque cultural de una vejez desvalida, que los pone en una posición dependiente, que no les pide nada y les da todo, lo que evita que ocurra un movimiento frente a esta situación.

Como lo menciona Farías (2001), al adulto mayor se le concede el privilegio de no hacer nada, oportunidad que tiene para reconstruir su vida, sus gustos y distribuir su tiempo como mejor le parezca; privilegio que ve trocado con la realidad actual, ese no hacer nada es sinónimo de “no sirves para nada”. Pero ¿qué es lo que impide que el adulto mayor no actúe? Una posible respuesta a esta cuestión y retomando la idea de la identidad es arriesgarse a decir que esa desconexión que sufre de sus redes de apoyo, el aislamiento al que se ve sometido y en ocasiones el abandono, forman un coctel que hace efecto en su subjetividad y lo desvincula de todo su contexto.

Cabe anotar que el Estado contribuye a esta posición, con la idea de una retribución a los adultos mayores porque ya brindaron socialmente lo que tenían; simplemente en la vejez hay que dedicarse a ser inútil. Lo que hacen a veces con sus programas para el adulto mayor es continuar resaltando las falencias físicas de los mismos, no se busca fortalecer otros aspectos, sino como se menciona anteriormente, el énfasis se hace en el déficit directamente (Salvarezza, 2002). Entender esta etapa de la vida como una más, donde hay potencialidades diferentes y se trabaje sobre ellas, permitiría que la voz del adulto mayor se propagara y creara un movimiento tan grande que genere transformaciones sociales.

Quizá la salida a este dilema sea el proyectar con más fuerza dentro de la comunidad al adulto mayor ya que como dice Montero, el identificarse socialmente en un grupo proporciona un marco de referencia, dando a la individualidad un sentido y proyección histórica (citada en Farías, 2001). Las comunidades son unas fuentes de integración para el adulto mayor, son la base para compartir con sus pares, hacerse visibles, para el reconocimiento, la transmisión de vivencias, el impulso de la creatividad y dar cuenta de que no siempre ese deterioro físico es equivalente al deterioro mental; trabajar desde allí es el reto, no desde la carencia, sino desde la participación activa de este grupo generacional.

Pero todos estos procesos requieren del acompañamiento e integración no solo de profesionales, sino de personas que pertenezcan a otro ciclo vital, para con esto, fomentar la participación comunitaria y evitar el desalojo del adulto mayor de la dinámica social. Entonces, la participación por parte de la tercera edad debe partir del deseo por la misma, de la decisión en cuanto a las acciones que quieren emprender para el mejoramiento de su calidad de vida. No quedarse estáticos en la invisibilización y programar encuentros alrededor de la cooperación, la colaboración, enrutamiento y asociación con sus pares y demás personas que quieran hacer parte del cambio general. Mantener la estructura social actual, del anciano como agente invisible, perpetua los significantes individuales en el tiempo.

La experiencia con las mujeres adultas mayores del barrio Nueva Villa la Iguaná da cuenta de cómo a partir de las actividades desarrolladas por un grupo se pueden obviar factores marcados socialmente para la vejez; es con la apertura e inclusión de los espacios públicos a las personas adultas mayores, el reconocimiento de su experiencia como parte aportante de la sociedad, que se crea la certeza de que esas subjetividades tiene capacidad de decisión y participación comunitaria. A través del proceso psicosocial, esta minoría pasa de ser invisible a empoderarse de su espacio, a participar en la transformación comunitaria y es construyendo y aportando desde su experiencia como evitan que los estigmas sociales se prolonguen en el tiempo.

Conflicto de intereses:

La autora declara no tener conflictos de interés relacionados con este artículo.

Referencias

- Camiro, J. (2011). *EL psicoanálisis y la vejez: la depresión en adultos mayores*, diciembre 2, Recuperado de <https://filosofart.wordpress.com/2011/12/02/el-psicoanalisis-y-la-vejez-la-depresion-en-adultos-mayores/>
- Farías, H. (2001). Adulto mayor: participación e identidad. *Revista de psicología*, 10(1), 189.
- Ferman, A. (2004). Psicoanálisis en la vejez: cuando el cuerpo se hace biografía y narración. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 99, 169-182.
- Ferman, A. (2006). Subjetividad, relato y vejez. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 111-124.
- Ferman, A. (2009). El otro, el viejo, trabajo psicoanalítico e inclusión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*; 108, 158-169.
- Jabif, E. (2011). El balance: clínica de la vejez. Recuperado de <http://www.efba.org/efbaonline/jabife.10.htm>
- Montero, M. (1991). *Una orientación para la psicología política en América latina*. *Psicología Política*, (3), 27-43.
- Salvarezza, L. (2002). *Psicogeriatría: teoría y clínica* (No. 159.922. 63). Paidós.